



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 11 de julio de 2004

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Os saludo con afecto a todos los que habéis venido a Les Combes para compartir conmigo la acostumbrada cita dominical del Ángelus. Doy sinceramente las gracias al alcalde de Introd y a sus colaboradores por la amable acogida, así como a las autoridades regionales y provinciales y a cuantos, durante estos días, me garantizan a mí y a mis colaboradores una serena estancia entre estas hermosas montañas del Valle de Aosta.

Saludo en particular y expreso mi cordial agradecimiento al obispo de Aosta, monseñor Giuseppe Anfossi, y a toda la comunidad eclesial de la *Vallée*. Con especial afecto pienso en los enfermos y en quienes atraviesan más dificultades y necesidades.

Saludo al cardenal arzobispo de Turín y a los hermanos en el episcopado, y les agradezco su presencia.

2. En este remanso de paz, ante el maravilloso espectáculo de la naturaleza, se experimenta fácilmente cuán benéfico es *el silencio*, un bien hoy cada vez más raro. Las numerosas oportunidades de relación y de información que ofrece la sociedad moderna amenazan a veces con quitar espacio al recogimiento, impidiendo a las personas *reflexionar* y *orar*. En realidad, sólo *en el silencio* el hombre logra *escuchar en lo más profundo de la conciencia la voz de Dios*, que verdaderamente *lo hace libre*. Y las vacaciones pueden ayudar a redescubrir y a cultivar esta indispensable dimensión interior de la existencia humana.

3. Ciertamente, María santísima es el modelo perfecto de escucha de Dios, que habla al corazón

humano. A ella nos dirigimos, pensando en los santuarios marianos del Valle de Aosta y en las imágenes de la Virgen que se encuentran en las calles y a lo largo de los senderos. En particular, bendigo la estatua de la "Virgen del Gran Paraíso", restaurada cincuenta años después de su colocación en la cima de esa majestuosa montaña. María, a la que dentro de algunos días celebraremos como Reina del Monte Carmelo, nos ayude a captar en la belleza de la creación un reflejo de la gloria divina, y nos impulse a tender con todas nuestras energías hacia la cumbre espiritual de la santidad.